

LAS ORDENES RELIGIOSAS

Por Gerhard Winkler

Puesto que las órdenes religiosas reflejan de diversas maneras la situación de la Iglesia en cada época, también podemos trazar en el monacato y en las restantes formas de la vida regular, tanto de nuevo como de viejo cuño, las profundas oscilaciones de los tiempos modernos, desde los días de la reforma, en el contexto de la permanencia que de modo especial caracteriza a la historia de la espiritualidad. La metodología nos obliga a señalar que no siempre se produce la fundación y el florecimiento de una orden en el mismo lapso de tiempo. Con frecuencia, órdenes fundadas en un período concreto alcanzan su florecimiento en otro posterior. Unos sembraron y otros cosecharon, según el *kairos*. La situación respectiva de las órdenes religiosas se entreteje profundamente con los afanes generales de reforma de la *Ecclesia semper reformanda*, con la forma y situación de ésta.

Por eso aludimos, en el contexto de la reforma católica del siglo XVI, a la reforma de los benedictinos españoles e italianos, a la de los dominicos españoles, inspirada por Savonarola, la reforma de los carmelitas descalzos, a la fundación de la compañía de Jesús, de los hermanos hospitalarios, de las comunidades sacerdotales italianas, del oratorio, de los somascos, barnabitas y ursulinas, y, finalmente, a la importante reforma franciscana de los capuchinos.

Común a todas esas órdenes y congregaciones era la dedicación consciente a la pastoral institucionalizada, la formación de comunidades sacerdotales, la formación espiritual e intelectual de los sacerdotes, la dedicación sistemática a la enseñanza y al servicio social, la utilización de los medios culturales (arquitectura, música, artes plásticas, impresión de libros, cantos, etc.) y, finalmente, la marcada tendencia a ejercer la actividad misionera por todo el mundo.

Todos esos rasgos que acabamos ahora de enumerar han caracterizado a las órdenes y congregaciones religiosas hasta nuestros días. Esas mismas órdenes y congregaciones influyeron de forma decisiva en los esfuerzos contrarreformadores de los príncipes católicos y del papado (como ministros de la penitencia en la corte, como «asesores espirituales» de los príncipes, como miembros de comisiones principescas de visita), como «prelados» en las asambleas de los Estados, y, en Austria hasta el

siglo XVIII, como «misioneros» imperiales para lograr la conversión de los cripto protestantes.

Gracias a las órdenes y congregaciones de esta primera fase de los tiempos modernos, la contrarreforma política no degeneró ni se limitó exclusivamente a violar las conciencias. Por el contrario, aquéllas se encargaron de suministrar también alimento positivo a los «convertidos». Para ello se sirvieron de la predicación, de la catequesis, de las misiones populares, de la liturgia y de determinadas devociones populares.

§161

Los siglos XVII y XVIII hasta la secularización

Las fases del incipiente absolutismo confesional y los tiempos de la concepción maquiavélica que los príncipes del siglo XVII compartían no impidió el crecimiento ni la eficacia de las órdenes religiosas que nacieron de las crisis del siglo XVI. En un primer momento, las órdenes religiosas, tanto los monasterios más antiguos como las congregaciones más recientes, fueron los aliados naturales y los auxiliares de los príncipes seriamente interesados por las cuestiones confesionales y por la salvación de sus súbditos.

Por ese motivo, la crisis del siglo XVII, a la que se alude frecuentemente desde hace veinte años, no perjudicó en un primer momento el desarrollo de los nuevos enfoques nacidos en el siglo XVI. Por el contrario, la angustia existencial de amplias capas de la población y de determinados Estados, desde las guerras confesionales del siglo XVI, pasando por la guerra de los treinta años (1618-1648), hasta la desaparición del peligro de los turcos (después de 1683), los temores y anhelos apocalípticos estrechamente ligados con la angustia existencial, y la desilusión que causaba el primer siglo de la reforma, así como el excesivo maridaje eclesial-estatal de ésta, dieron alas a las órdenes y congregaciones católicas y en el campo protestante promovieron el nacimiento de las Iglesias libres y de los movimientos de renovación.

A partir del generalato de Claudio Acquaviva (1581-1615), hijo del duque centroeuropeo del mismo apellido, la compañía de Jesús duplicó el número de sus miembros, pasando de 10581 a 23000 en el momento de su supresión, en 1773. Los jesuitas consiguieron fundar filiales y colegios en las ciudades residenciales más importantes (por ejemplo, Innsbruck, Graz, Laibach, Viena, Linz, pero no en Salzburgo, donde en 1623 se fundó una universidad benedictina). En las diócesis de Colonia, Münster, Paderborn y en el Palatinado superior la compañía logró, después de 1620 (batalla de Monte Blanco), reconducir tal número de protestantes a la fe católica que

llegó a ser considerada como la verdadera institución que daba la réplica a la reforma.

En Francia, los jesuitas protagonizaron la confrontación exitosa con los hugonotes, pero se les llegó a responsabilizar de los actos más abominables, como el asesinato de Enrique IV (1594). En Inglaterra, la actividad misionera oculta de los jesuitas se convirtió en una historia del martirio cargada de aventuras (Edmund Campion, † 1581; Robert Persons, † 1610; Robert Southwell, † 1595; Radulph Ashley, † 1606; cardenal William Allen, † 1594, fundador del colegio inglés en Douai, 1568, y Roma 1579). Los jesuitas consiguieron fundar y dirigir en Linz, por ejemplo, el «Nórdico» (1707), un colegio dedicado a formar misioneros para Escandinavia.

Los jesuitas ejercieron gran influencia indirecta a través de sus colegios. A mediados del siglo XVII, una docena de germánicos consiguieron la dignidad abacial en monasterios austríacos y contribuyeron de manera importante a la renovación de esas instituciones. Desde los días de Enrique III (1574-1589) hasta Luis XV (1715-1774), los jesuitas fueron confesores de los reyes, salvo en brevísimas interrupciones. Esta colaboración de las órdenes religiosas y de los conventos con la Iglesia imperial de los primeros tiempos modernos y con su *ancien régime* fue una de las razones por las que en la época de las revoluciones se trató de eliminar de forma tan irracional como radical los conventos y las órdenes religiosas. Precisamente la compañía de Jesús resulta un ejemplo paradigmático en cuanto a la febril agitación intelectual de la época y de sus problemas, que hoy nos afectan sólo de más lejos.

Junto a los habituales roces, entre las órdenes religiosas se dieron contraposiciones más profundas en el campo del dogma y de la teología moral. En las discusiones sobre la gracia que tuvieron lugar en los siglos XVI y XVII, los jesuitas fueron adversarios de los tomistas dominicos, y acentuaron más que éstos la cooperación humana en el acontecimiento salvador. En el terreno de la teología moral, se consideró a los jesuitas como excesivamente laxos. Se les acusaba por defender el probabilismo; es decir, por preferir —en caso de duda— la decisión de la conciencia a la letra de la ley. Además, se les atribuía la doctrina del derecho a resistir, en la forma de la llamada «muerte del tirano». En cuanto a la teología de la misión, la Santa Sede, influida por misioneros pertenecientes a las órdenes mendicantes, los acusó de acomodación en el conflicto de los ritos chinos (siglo XVIII). Y todo esto era un cúmulo de antítesis contrarreformadoras a problemas que los reformadores habían suscitado. Dentro del catolicismo, esta actitud significaba que los jesuitas iban contra el misticismo de los quietistas y contra el rigorismo de los jansenistas. La permanente disensión de los teólogos fue uno de los requisitos para el achatamiento de la eclesialidad y de la religiosidad en el siglo XVIII, no sólo en la recíproca

relación de las confesiones. Voltaire acuñó el dicho sarcástico de que no habría tranquilidad hasta que el último jesuita no colgara de las tripas del último jansenista. Algunos autores (por ejemplo, L. J. Rogier) señalan el combate del quietismo y del jansenismo como una de las causas que explican la falta de altos vuelos místicos y ascesis más bien mediocre de las casas religiosas antes de la gran tormenta conventual.

También en las controversias de las órdenes monásticas se reflejaba el dilema del tiempo de la reforma entre la acentuación de la dignidad del hombre y la afirmación de la majestad de Dios. Ese dilema se puso de manifiesto en la conocida disputa entre los benedictinos maurinos y el riguroso monasterio cisterciense La Trappe (Normandía). Al hilo de las tendencias de la reforma en el siglo XVII, los benedictinos se habían unido en congregaciones que hacían posible no sólo una cierta unificación de las medidas reformistas, sino también empresas comunes. Los benedictinos de Saint-Germain-des-Prés (París) se convirtieron en el centro de la llamada congregación de los maurinos, que concibió grandes proyectos al estilo de las academias, y trataba de llevarlos a cabo mediante una planificación comunitaria y a largo plazo. Uno de los superiores más beneméritos de esta congregación fue Jean Mabillon († 1707), que había editado, entre otras, las obras de san Bernardo. Mabillon se vio envuelto en una violenta disputa con el fundador de la orden de los trapenses, el abad Armand-Jean Le Bothillier de Rancé († 1700). Éste exigía un monacato extremadamente riguroso, sin actividad externa y sin preocupaciones por la ciencia, tan absorbentes en aquellos días. Rancé se convirtió en un conocido director de almas, tenía contactos con destacados jansenistas, y él mismo llegó a ser considerado jansenista a causa de su severidad. Con su exigencia —rayana a veces en lo inhumano— de una contemplación pura, del duro trabajo manual y de la constante penitencia física, estos cistercienses pretendían realizar el espíritu de san Bernardo. En su tiempo, fueron una señal contra una excesiva aproximación de la Iglesia y de las órdenes religiosas al mundo. Esta rama de la orden cisterciense, que al principio contó con pocos miembros, tendría su época de esplendor en el siglo XIX y desde 1945 (por ejemplo, en los Estados Unidos de América).

Aunque el concilio de Trento había exigido enérgicamente la creación de seminarios para sacerdotes, esta exigencia se quedó durante bastantes décadas e incluso siglos en puras palabras. Entre tanto, se constituyeron congregaciones sacerdotales —como los eudistas y San Sulpicio en París, o los bartolomitas (Institut Holzhauser) en Salzburgo y Baviera— que se dedicaron con toda energía a la formación ascética e intelectual del clero, en consonancia con las exigencias de los tiempos. A diferencia de lo que sucedería en posteriores instituciones de este tipo, en estos «seminarios para sacerdotes» se respetaba el principio de selección y la voluntariedad. Estas comunidades, inspiradas en el Oratorio del siglo

XVI, se convirtieron en foco de la mística barroca, concretamente de España y de los carmelitas. Hasta finales del siglo XVIII, Francia se convirtió en la *magistra rei publicae christianae*. Era difícil encontrar una biblioteca para clérigos que no contara con escritos teológicos de origen francés.

Fundación típicamente moderna fue, a este respecto, la congregación de la «misión» o paúles —también llamados «lazaristas»— y su rama femenina, las hermanas de la caridad. Vicente de Paúl († 1660) fue un carismático del amor al prójimo y de la pastoral. Descubrió de forma casual su talento para las misiones populares, que daba de forma regular y planificada por el país. Como se sabe, en general se descuidó hasta bien entrado el siglo XVIII la pastoral en las zonas rurales; todos los esfuerzos pastorales se reservaban para las ciudades. El nombre de «lazaristas» con que se conoce a los paúles en varias naciones proviene de la leprosería de San Lázaro, en París (1632, tras la primera fundación en 1625). Vicente creó también varios seminarios tridentinos. Su congregación llegó a dirigir 49 (también en Viena, en 1761). Tras la supresión de los jesuitas, pasó a ocupar en parte el lugar de éstos. Durante el siglo XIX desplegaron una gran actividad misionera, especialmente en el antiguo imperio otomano. En 1873, en el marco del conflicto entre Iglesia y Estado en Alemania, fueron perseguidos como «emparentados con los jesuitas», lo que trajo efectos positivos para su actividad en ultramar. Su regla indica todavía hoy que originariamente se consideraron una comunidad de trabajo apostólica, compuesta por párrocos, con vistas a la «misión».

Otras dos congregaciones del siglo XVII tienen su origen en la reforma católica de Italia (siglo XVI), pero apuntan a objetivos enmarcados en la era de la ilustración (siglo XVIII). Los escolapios —o clérigos regulares de las escuelas pías— fueron fundados por san José de Calasanz († 1648), quien en 1597 abrió la primera escuela pública y gratuita de Europa para muchachos; le siguieron numerosas fundaciones de escuela durante el siglo XVII. La congregación hacía un cuarto voto, por el que se comprometía a la educación de los jóvenes. Se hicieron cargo de numerosos internados y seminarios, poniendo así en práctica las intenciones del concilio de Trento e intentando dar una respuesta eclesial a la necesidad de formación en los tiempos modernos. Tras las guerras contra los turcos llegaron a tener, por ejemplo en Hungría, una especie de monopolio escolar juntamente con las viejas órdenes religiosas (benedictinos, cistercienses premonstratenses), que participaban de sus objetivos y métodos modernos.

Camilo de Lellis († 1614 en Roma), acompañado espiritualmente por Felipe Neri, llevó adelante con su congregación, los Camilos, los ideales del andaluz Juan de Dios. Fundó en Italia el servicio moderno y organizado a los enfermos y moribundos, así como su asistencia pastoral. Aquí, la

atención práctica a los enfermos era parte connatural de la vida católica, y debía alcanzar un grado de seguimiento tanto en hombres como mujeres como no se había conocido en la edad media (por ejemplo, la orden de los hospitalarios, del siglo XII).

La inglesa Mary Ward († 1645), que había pertenecido a las clarisas, se entregó en cuerpo y alma —en medio de grandes dificultades que le planteó el ministerio eclesiástico, y con una humildad heroica— a la idea de la formación de la mujer y a conseguir que ésta participara en el apostolado. Con su instituto de las *English ladies* (en España: «madres irlandesas») trató de traducir los ideales de san Ignacio a la forma de vida de las monjas, anticipando así la idea de los institutos seculares.

La vida monástica europea tuvo momentos delicados durante el siglo XVIII. Primero algunos soberanos católicos suprimieron monasterios o los dedicaron a otros menesteres. Posteriormente se pretendió sofocar a la compañía de Jesús en determinados países (1759, en Portugal; 1764, en Francia; 1767, en España). Pero el acontecimiento más chocante se produjo en 1773, cuando el papa Clemente XIV suprimió la compañía de Jesús con la bula *Dominus ac redemptor*.

Algunos historiadores (como L. J. Rogier) afirman que las órdenes religiosas vegetaban en la mediocridad en tiempos de la ilustración, y que, por consiguiente, no fueron víctimas sólo de medidas políticas. Quizás haya algo de verdad en esa afirmación. Pero es innegable que también conventos florecientes fueron derribados, que numerosos miembros de órdenes religiosas sobrevivieron a la generación napoleónica y estuvieron en condiciones de comenzar de nuevo en el siglo XIX, estableciendo una cierta continuidad. Contra la mencionada afirmación de esos historiadores, señalaremos que en el siglo XVIII se dieron bastantes nuevas fundaciones de congregaciones religiosas que no fueron tomadas en cuenta hasta el siglo siguiente.

En los paúles del siglo XVII se vio con creciente nitidez un tipo de orden orientada al futuro e interesada en sustituir la abigarrada pluralidad del monacato y canonicato prerrevolucionarios. La tarea de la pastoral extraordinaria vino a añadirse como un estereotipo que ocultaba los ideales originarios de las órdenes religiosas. La actividad misionera en los países oficialmente católicos y en las tierras de misión se convirtió en elemento esencial de las congregaciones religiosas. Nos encontramos primero con la fundación, hecha en 1725 por el piamontés Pablo de la Cruz († 1775), de los pasionistas. Como su mismo nombre indica, se trataba de proclamar con especial insistencia la pasión de Cristo; se debía hacer la proclamación mediante la predicación y el ejemplo. Pero, a diferencia de la tradición jesuítica, los pasionistas prestaban un cuidado intenso a la oración coral y a la vida contemplativa. Existe la tentación de ver en estas fundaciones nacidas en la época de la ilustración una alternativa a la espiritualidad

jesuítica. En la historia de las órdenes religiosas no era la primera vez que una congregación religiosa ortodoxa captaba, afirmativa o negativamente, corrientes heterodoxas (en este caso, el jansenismo del siglo XVIII).

Vicente de Paúl fue uno de los primeros en detectar en el jansenismo elementos no católicos y reprobables.

Como jansenista recatolizado y adversario del probabilismo jesuítico aparece el fundador de los redentoristas (1735), el *Doctor zelantissimus* Alfonso María de Liguorio († 1787). Este famoso jurista, natural de Nápoles, actuó con gran celo también como obispo de Sant'Agata de'Goti, especialmente en favor de la gente menos favorecida. A su muerte eran sólo 200 los miembros de su congregación. A pesar de que la espiritualidad de los redentoristas se diferenciaba bastante de la jesuítica, los Gobiernos que sentían especial animosidad contra los hijos de san Ignacio de Loyola consideraron a los redentoristas jesuitas disfrazados. El esplendor de esta congregación llegó después de la revolución, en el siglo XIX. Clemens Maria Hofbauer († 1820), el «apóstol de Viena», introdujo la congregación en el ámbito lingüístico alemán no directamente desde Roma, sino dando un rodeo por Varsovia. Su actividad apostólica en Viena como predicador de misiones populares, como confesor e inspirador espiritual de círculos románticos tardíos fue una gran aportación a la restauración religiosa tras la era napoleónica. Su influencia es perfectamente equiparable a la de Johann Michael Sailer (1751-1832), contra quien Hofbauer intrigó, llevado sin duda por las mejores intenciones. Es una ironía de la historia que el mismo rey Luis I que hizo a Sailer obispo de Ratisbona aceptara la sugerencia de Hofbauer para permitir la entrada de los redentoristas en Baviera. Pocas décadas más tarde, éstos misionaban por todo el mundo.

Los espirítanos, fundados por Claude-François Poullart des Places († 1709), fueron pensados en un principio como «Congregación del Espíritu Santo» (1703) para dirigir un seminario dedicado a muchachos carentes de medios económicos en París. Aniquilada casi por completo en la revolución francesa, en 1848 se uniría a la congregación fundada en 1841 por Paul Libermann († 1852), hijo de un rabino; de esta fusión nacería una de las congregaciones más importantes para misionar en África y, sobre todo, para asistir a los negros en Norteamérica. La elevada mortandad de los misioneros debido a lo desacostumbrado del clima y por otras circunstancias adversas no paralizó el heroico celo misionero de esta congregación sacerdotal.

A modo de resumen, podemos señalar que estas congregaciones religiosas modernas «emparentadas con los jesuitas» compartían, con algunas restricciones, las siguientes características: su punto de partida era la pastoral de los sacerdotes seculares; sacerdotes que trabajaban y vivían en comunidad; apostolado en los seminarios y en las escuelas; pastoral entre los campesinos; misiones populares en países católicos; pastoral del

confesionario basada en la dirección espiritual; servicio práctico (la *humanitas* de los jesuitas); a diferencia de los jesuitas, un cierto rigorismo en la teología moral y en la forma de vida. Todo esto concordaba bastante con el ideal de sacerdote de la ilustración. Todas estas congregaciones demostraron en el siglo XIX una entrega heroica a la actividad misionera.

§162

Secularización y nuevo comienzo en el siglo XIX

La tormenta generalizada que se abatió sobre la vida religiosa (supresión de los jesuitas en 1773, josefinismo en Austria, constitución civil implantada en Francia en 1790, secularización en el *Reich* en 1803, y otros acontecimientos de esas características) produjo en un primer momento la destrucción de una vieja estructura eclesial que contaba a veces con una existencia superior a los mil años (por ejemplo, abadía benedictina de Mondsee, 777). Hoy sabemos que la destrucción fue un choque importante para la economía, la vida social, la formación, la cultura y también para la pastoral parroquial. Baviera, por ejemplo, no pudo reponerse del problema de vocaciones sacerdotales hasta el último tercio del siglo XIX.

En Austria, el choque no fue desmesurado porque el emperador José II suprimió aproximadamente la mitad de los conventos (se discute todavía hoy el número exacto). La región de las tierras austríacas ligadas a la herencia regia y a la corona —desde Lusacia hasta Carniola y desde Brisgovia hasta la Valaquia— constituyó un caso especial en la Iglesia universal, si exceptuamos tal vez la situación similar de los Estados pontificios restaurados en 1815. Con ininterrumpida continuidad pervivió en la mencionada región un número de antiguas fundaciones, abadías y preposituras superior a la media general. Hasta el punto de que, en la Austria republicana de después de 1918, existían aún 35 antiguas fundaciones con sus parroquias incorporadas. Y esto encierra gran importancia para comprender el catolicismo austríaco en lo que difiere del de otros países.

Francia, que desde los tiempos de Martín de Tours era el país clásico de la fundación de órdenes religiosas, tuvo un comportamiento incomparablemente radical con el viejo sistema conventual. De unas 200 magníficas abadías cistercienses quedaron tan sólo las ruinas de 20. En los momentos en que se redactó el concordato de 1801 se tenía tal conciencia de la radicalidad de lo acontecido, con una profunda repercusión en las formas externas de la religiosidad popular, que se omitió hasta la mención del tema conventual.

Esta catástrofe casi completa del sistema de las órdenes y congregaciones religiosas, cuyas consecuencias son perceptibles todavía hoy en algunas Iglesias locales, tuvo unos efectos similares a la expulsión de los primeros apóstoles de Jerusalén y trajo consigo una sorprendente ampliación de los horizontes eclesiásticos. Francia tenía en el siglo XIX más religiosos y religiosas que antes de 1789. Proporcionalmente superaban el 30 % de crecimiento que había experimentado la población. En relación con el número de creyentes, Francia contaba hacia el año 1900 con un número de religiosos y religiosas tres veces superior al de Alemania. En Francia vieron la luz aproximadamente los dos tercios de las nuevas fundaciones del siglo XIX.

La vida de las órdenes y congregaciones religiosas, que enriqueció con una intensidad hasta entonces desconocida la misión en países católicos y la actividad misionera en todo el mundo, floreció durante el siglo XIX —a pesar de todos los problemas eclesiásticos de este período— de una forma que no tiene punto de comparación en toda la historia de la Iglesia, y que sólo puede ser comparada con la primavera monacal del siglo XII (R. Aubert).

El tiempo de los fundadores puede decirse que comenzó propiamente con el romanticismo y con la restauración, tras el caos napoleónico. Tan numerosas fueron las nuevas congregaciones que, por ejemplo, la historia de las órdenes religiosas de Max Heimbucher, en 2 volúmenes, sólo pudo dedicar media página a la francesa Congregación misionera de los padres y hermanos de la Santa Cruz. Y sin embargo, esta congregación, nacida en el romanticismo francés tardío (1834) en círculos próximos a Jean-Baptiste-Henri Lacordaire y Hugo-Félicité-Robert de Lamennais, había realizado una obra impresionante en los Estados Unidos, en la América Latina, en África y en la India.

Casi todas las nuevas fundaciones tenían su mirada puesta en la actividad misionera; se caracterizaban por un claro activismo, por el afán de conseguir resultados y por unas metas concretas. Y esto tuvo el inconveniente de que algunas de ellas, especialmente las innumerables fundaciones de religiosas, perdieron su capacidad de atracción cuando desapareció la razón concreta que dio origen a su fundación. Como providencial corrección de este «motivo» basado en los logros cabe considerar la espiritualidad de la carmelita Teresa Martin (Teresa de Lisieux, † 1897) (R. Aubert). Precisamente la monja contemplativa y testigo del sencillo amor a Dios y al prójimo se convirtió en la patrona del apostolado y de las misiones.

Consignemos, sin pretender recoger la lista completa, algunas de las nuevas fundaciones y de las refundaciones del siglo de la revolución industrial, del colonialismo y del imperialismo.

El sacerdote secular romano Vicente Palloti († 1850) se convirtió, mediante la creación del «Apostolado católico» (1835), en el fundador de una de las más importantes congregaciones modernas, que lleva su nombre. Con una orientación claramente mariana, los palotinos promovieron la idea del apostolado seglar, tan importante para Pío XI y para Pío XII. La sociedad fue confirmada en 1904 por Pío X. En Alemania es la congregación religiosa más potente de cuantas se fundaron después de la reforma; concibió muy pronto la idea de abrir seminarios para las vocaciones tardías.

Los salesianos del apóstol de los jóvenes Giovanni Don Bosco († 1888), fundados en Turín en 1857 —y a los que no hay que confundir con los miembros de la congregación fundada bajo el patrocinio de san Francisco de Sales, concretamente con los salesianos de Annecy (1833)—, debían asegurar la obra de juventud (1841) de su carismático fundador. Una de las congregaciones más numerosas de la cristiandad, después de los jesuitas (con unos 20 000 miembros) no fue concebida al principio como congregación religiosa. Tomó esa forma bajo la influencia del conflicto entre Iglesia y Estado en el antiguo reino del Piamonte. Las notas externas de las congregaciones y órdenes conocidas —por ejemplo, respecto de la vestimenta— quedaban supeditadas por completo al apostolado entre los jóvenes. Junto a la irradiación espiritual de su fundador y de la legendaria humanidad de éste, los pioneros planteamientos pedagógicos, la praxis acorde con esos planteamientos, así como las necesidades de la época de la sociedad industrial explican el éxito sin precedentes de esta congregación. Los salesianos se convirtieron en los apóstoles de los arrabales modernos y anticiparon en parte los ideales de los hermanitos y hermanitas de Charles de Foucauld (después de 1945).

Los misioneros del Corazón de Jesús (fundados el 8 de diciembre de 1854 en la diócesis de Bourges por Jules Chevalier, † 1907; se establecen en Liefering, junto a Salzburgo, en 1888) fueron extraordinariamente beneficiosos, y se dedicaron a misionar, sobre todo, en Indonesia y en el Congo Belga.

Arnold Janssen († 1909), sacerdote de la diócesis de Münster, estimulado por 28 obispos alemanes, austríacos y holandeses, fundó el 8 de septiembre de 1875, en Steyl (Roermond), la sociedad del Verbo Divino (SVD) que, con su seminario de misiones «San Gabriel» en Mödling (hoy unido a Viena), se convirtió en una de las más prestigiosas congregaciones misioneras del mundo. El fundador, que había sido profesor de enseñanza media durante doce años, quería que los miembros de su congregación recibieran una esmerada y sólida formación científica y profundos conocimientos de teología misionera. Esto hizo que miembros de la sociedad logaran en seguida éxitos notables en el campo de la etnología,

de la antropología, de las religiones y de la lingüística. Al igual que los salesianos, promovieron también intensamente el apostolado de la prensa.

Los *Mill-Hill-fathers* (1866) fueron fundados por el futuro arzobispo de Westminster, cardenal Herbert Vaughan († 1903). En su centro misionero de Londres los futuros misioneros se preparaban sistemáticamente y adquirirían los conocimientos necesarios para su futuro y difícil campo de actuación. Como «padres de los esclavos» (M. Heimbucher), los miembros de esta sociedad se dedicaban a la pastoral entre los negros americanos y al trabajo en los más difíciles y alejados territorios misioneros de Asia, África y Nueva Zelanda. Sus miembros eran principalmente ingleses, holandeses y alemanes.

Los padres blancos fueron fundados (1868) por el cardenal francés de Argelia Charles-Martial-Allemand Lavigerie. Se pone de relieve en ellos un nuevo tipo de congregación religiosa que redescubrió —después de la disputa de los ritos, de los siglos XVII y XVIII— la necesidad de la acomodación y de la inculturación. Por su blanca vestimenta religiosa se parecían a los pobladores del desierto del Sahara. Y se impusieron como primera tarea la de no intentar al principio la conversión de los sensibles musulmanes. El ejemplo del «ermitaño del Sahara» Charles de Foucauld (asesinado en 1916) les ayudó a eliminar el odio y las reservas existentes en el islamismo. Ellos y los franciscanos son de las pocas congregaciones cristianas que los musulmanes respetan. Inspirada en su ejemplo, se ha desarrollado una teoría misionera según la cual, junto a la conversión de los gentiles, el evangelio se promociona también mediante el testimonio no coronado por el éxito. A pesar de esto, o precisamente por eso, el trabajo de los padres blancos se ha visto coronado por el éxito entre los pueblos y tribus negros de los países que comparten frontera con el Sahara (Urundi, Uganda, Congo, Tanzania).

Ellos han contribuido así en buena medida a que la competencia de las dos religiones del «libro» para configurar el alma africana se decante a favor del cristianismo. «Donde hace algunas décadas campaban a sus anchas los traficantes de esclavos aparecían en hilera, una tras otra, las fundaciones de los padres blancos» (M. Heimbucher). Parece una grotesca contradicción de esta nueva forma de conversión libre de violencia el hecho de que el cardenal Lavigerie fundara (hasta 1893) una especie de caballeros cruzados para defender los establecimientos misioneros contra irrupciones armadas.

En los años que siguieron a la terminación de la segunda guerra mundial, nacieron por doquier, como signo de la vitalidad de la Iglesia, institutos seculares cuya maduración se sitúa aún en los tiempos futuros. El más importante de todos ellos, y también el más controvertido, es el *Opus Dei*, una fundación española que obtuvo la aprobación de la Iglesia en 1947, y que en 1982 fue elevada a prelatura personal.

Desde los tiempos de Pío XII, las supremas instancias eclesiásticas tratan de sacar el mayor provecho posible del potencial de los 300 000 religiosos y del millón de religiosas para la Iglesia (*Sponsa Christi*, 1950). Con este fin se ha buscado la vuelta al primitivo espíritu de las fundaciones, así como la necesaria acomodación a las nuevas circunstancias. El concilio Vaticano II acentuó con fuertes trazos teológicos la *única* perfección cristiana en la diversidad de las vocaciones, y con ello la personalización de la teología de los votos.

La crisis que la Iglesia viene padeciendo desde 1965 ha afectado también a las órdenes y congregaciones religiosas cuando incuestionadas «estructuras de plausibilidad» fueron sacrificadas de repente a una libertad evangélica que muchos fueron incapaces de asimilar. A pesar de la comprensible promoción de las órdenes activas llevada a cabo por la curia romana y por los obispos, precisamente las órdenes más marcadamente contemplativas, como las clarisas y las carmelitas, han demostrado una mayor resistencia a la crisis. Éstas no han perdido ni un ápice de su capacidad de atracción.